

Catálogo razonado de alambremaderitas
para hembra con monóculo
y posible calavera

Diana Garza Islas



**Catálogo razonado de alambremaderitas
para hembra con monóculo
y posible calavera**

Diana Garza Islas

**Catálogo razonado de alambremaderitas
para hembra con monóculo
y posible calavera**

Diana Garza Islas



*Catálogo razonado de alambremaderitas
para hembra con monóculo y posible calavera*
Primera edición, mayo de 2017

© La autora
D.R. © Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León
Doctor José María Coss 732 sur,
Centro, c.p. 64000, Monterrey, Nuevo León
(81) 20338450
www.conarte.org.mx

ISBN: XXXXXXXXXXXXXXXX

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
a menos que se cuente con la autorización por escrito
del titular de los derechos de la misma.

Coordinación editorial: Miguel Durán
Diseño gráfico: TGB / Carlos González
Fotografías: Roberto Ortiz Giacomán

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

SINÓNIMOS PROBABLES DE LA PALABRA SOLOLOY	13
CUERPOS ARENÁCEOS CUBIERTOS DE ALUMINIO [DIMENSIONES VARIABLES]	33
CORTE IMPERIO	39
BREVE DESCRIPCIÓN DE LA HISTORIA DEL MUNDO	53
PIEZAS DESCARTADAS	73
INFORMACIÓN ADICIONAL SOBRE COLORACIONES EN EL HIELO	85
MANUAL DE MONTAJE	93

A Ruiti

*¿A qué nos referimos exactamente cuando hablamos
de la descripción física de un objeto que no existe?*

SINÓNIMOS PROBABLES
DE LA PALABRA SOLOLOY



0

Las cajas se leen de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo. Yo estoy aquí para decir lo que oí. Cristo sostiene una paleta de diablito. Puede ser un espejo, dada la inscripción *Yo Soy*. *Yo Soy Un Panal*. Un palito a secas. La cabeza que no me está viendo a mí, yo soy. Por eso me han dado un premio de conducta, hace ya algunos siglos. Lo dejé ahí, mira, junto a los caracoles.

Y mi carne de cuerpo. Y mi cuerpo al revés.
Muy arriba, junto a las llaves.

No abra la puerta.

Es posible que haya más cosas en el frasco de quinina.
Yo carne a través. Yo carne de muerto.

Y como sí fui un pez, de una vez las voy a adivinar.

1

La carne en el plato está servida, dijo la nana Neera. Ahora espera aquí, voy por cartuchos —como decía la abuela para hablar de lo que miraría.

La casa incendiada. No imagino que fuera obra de las cebras. Ni siquiera de la guerra —se escuchó. Una voz de huevo era, una voz de caballero. (Aclarar en algún punto que no *son* la misma cosa.) En cualquier caso, el sonido de tres monedas, tres estampillas, tres fósiles marinos y muchos huesos de cabeza al lado —o arriba, preferentemente— del anzuelo, y mil veces más arriba que la voz.

(No hay que exagerar.)

De fondo, el mar, en la esquinita de la fábrica de hojas.

Aquí, remover, puesto que he dejado una cuchara para ello. Y ya se ha de escuchar entonces el avión que irá dejando polvo sobre el lapso del pinar.

Y la carne coleteando, y la corona diluida, cayendo, aquí, a la vista del portador.

2

La reconstrucción del gabinete de Ebodia Novena es inevitable: lleva flores de huesolita en una olla que empieza con la a (hebrea) y luego de diez mil cosas vuelve al tres, y así sucesivamente. Es inevitable: eclipsa algo y engrandece tu mejilla ensangrentada (a veces sí, a veces no) con una lupa conforme a la fecha.

(Habríamos de recordar que aún estamos *dentro* del fin del mundo.)

Una hilera de litio, una vía de huesos para la rabadomancia justo encima de tu nombre. Aquí, tal vez lo eclipsado sea tu pelo, aunque lo diga para no hablar de la bandera y sus águilas (ópalos, aquellos, ángulos, alícebras) celeste sucio mayormente, y al centro.

Si levanto la cabeza, sé que habrá veneno, aunque no lo veré. Y muy atrás, ya sé que se lee *Izunza*. En un contenedor de cristal que a todos hará falta ver, porque cuelga, y sí está ahí. He procurado no hablar de todos los elementos, pero uno va tres veces abajito del ojo, y de ella no necesariamente yo agrandé.

Y mamá. Al fondo de estas cosas siempre está mamá.

Para montar a caballo, sobre todo si hablamos desde el fin de siglo, hay que examinar los tres puntos a la vista de la caja. El llamado inicial: ¡*Asmodeo, Asmodeo!* Viene jadeando con recursos vibroplex, o más precisamente: de locomotora. Las gotas deformes, las patas que no veo. Vienen en forma de turbina y vienen dejando puntitos rojos detrás, señalando una hélice de campiña y miradores. No es por presumir, pero se trata de una letra.

Si adivinaste es porque traes tu espejo de distinta. Tus dientes guardados tras la pleca. ¿Nadie lo filmó? ¿Así y nada más?

Hablemos entonces de los alambritos que le pondrían: 42, c3, 00, 11h.

Aquí probablemente se trate de la tripa de otra caja. (Todo lo que se habla es de la otra.) Y llevará clavos en su nombre. Y llevará un asa, para que te desboques.

Asmodeo, Asmodeo: todo está en regla.

(Aunque me faltó hablar de los frenos de caballo que me obligaron a usar el día de mi primera comunión; y de todo lo demás.)

Un capullo que algo daba a nacer de espinas concretas, llegadas. Los frasquitos de elixir eran en número diez. La llave también era obvia y dormía (de pie) al lado suyo. Alguien que cantaba su deseo de ser bisonte. O fue al revés. El sello repetido: pies de ala, dibujado, tenue y cetro.

El caduceo era una garza, por ejemplo, un gorrión o su cadáver. Afinándolo todo anónimamente, ya participando al guardián:

BIENVENIDOS A CIUDAD PROGRESO.

Fue un día extraordinario al que recordamos como «20 de noviembre de 1910».

Seis fosas había, pero sólo si mirabas de lado, ignorando la natural empresa de los pies. La cara, podría decirse, quedaba *entredicha*, en un marco sumamente vectorial, venciendo. A todas luces retándonos con su mi, mi, mi.

—Merino Wool.

Pero yo pienso que en verdad su nombre era Santa Catalina y no Bisonte Soñándome, Caballero Sellado, Guardián «García» de la Cordura.

Ni mucho menos.

5

En esta ocasión, los cartuchos que dieron muerte al general correspondían 1:1 con un nido de crisálidas o un molde de piloncillos muy pequeños o el pico discreto de un velociraptor bebé (o arqueoptérix, no se distingue) que lo vigilaba todo.

Fin.

Secuela:

No se atrevió nadie a hablar de eso. Ya eran como cuarenta, a estas alturas, quienes lo habían visto. (Pasa que no se considera *tan* revolucionario destinar un capítulo entero a la manera de alfilerear un abejorro sobre la mesa de objeciones.)

Lo principal a destacar aquí es cómo seguiría zumbando. Porque es obvio que seguía zumbando.

Y el nido de crisálidas —si eran crisálidas— que huyeron antes de asesinar al hombre que ahora conocemos por coprotagonizar un fajo de billetes, de ese día en adelante.

La hoja mostrada al final no era maple ni sicómoro, de eso puedo estar segura. No así de la naturaleza de la arena, del tronco, del material preciso de esta caja, o su existencia, o su grosor, o su duración en general.

6

Mira, esta cabeza va insuperablemente amaestrada tanto a la tuya como a la anterior. La cruza una zeta de nylon. Las letras detrás no son letras, pueden ser sellos de caracol entintados con grasa de algo que regresa o de eso que *hace recordar*.

Y alguien más que escapó muy a la hora, dejando piedra y un legrado de seda atornillado a los documentos del corazón.

El corazón, de preferencia, debía flotar. «Corazón» era mi palabra favorita. ¿Recuerdas? Por eso no la pronunciaba nunca. Y perdón de sustituirla aquí con «Cabeza Grecolatina». Son gajes del oficio simplemente. De la guerra que ahora cederá su lugar.

Mira, la cabeza que no me está viendo a mí, yo soy. Y viceversa. Se dice fácil. *La cabeza que no me está viendo a mí, soy yo.*

Repeat after me.

De Headhunter a Headhunter te lo digo.

(Siguen las firmas.)

Las manos que en representación de cualquier época —incluyendo al memorable siglo veinte y su inenarrable año de 1968— bajan en pares de los cielos. Lo hacen con el único propósito de cazar a un caballito, casi siempre de mar.

Campos de hipocampos en / La llanura del / Estilo.

Y siempre el niño vigilando, con los ojos cerrados por una liga celeste habitual, y con la lupa encima.

Así, dos hermanos-sacerdotisas (a.k.a. *scatebra, scatebrae*) aprovechando la ocasión, administrarán el combustible de esta matinée desde el lodo.

Veamos ahora a Aurorita, la alta bólida, si no, con su voz de niño treintaño aplaudiendo desde su torre de marfil.

¡Qué Nena Abolida!

O: *Anónima Estrella Equidistante*. O: *La Doña de Espinazo*. Bautizada de alguna forma, cada vez.

En resumen, así son también esta clase de *cajitas*.

Ahora iremos a contralupa. Las frases de mi padre. *La casa no se enferma mientras la sopa esté amada*. Noreste. La casa vacía.

Pater Filii.— Los magos del desierto harán pays. La escala no será visible, empero. Y llevaremos todos auras, sin color, en la avispera.

Huesos que son países.

Criado todo con hilos no de oro. O en esta parte diré sencillamente que ya no siento.

*Ya no siento las piernas, padre
ya no siento nada.*

Pater Filii.— El recuerdo de diez pesos mexicanos, de los de antes, clavados en la mesita.

9

Aquí, aunque se trate del fusilamiento de un pelotón y de la familia eslovena en general, se trata de lo heredado y de dos estrellas que no se ven.

De mimbre, no se dicen sus formas. (En una, cabe mencionar, eliminaron a la abuela, a la madre y también a la hija.)

Pista: es del color con que los ojos se cubren cuando ya no hay noche.

10

Observatorio. Que significa: mirar la crisálida, que nunca dejó de nacer, por alimentar a los frascos.

La niña sin degollar está abiertísima, en su lecho de píldoras de uso bajo los tapones a la altura exacta.

Desde los ojos hasta los ojos, la fiebre tallada con adhesivo al cuerpo del esturión.

11

Agujas que coloca suavemente para llegar al cráneo de su madre. Serpientes de luz invertidas ojean opacas. Un zigzag afilando la fosa de los ojos. El hilo negro, como siempre, que *conterpa* la salida.

*La hallamos. En una vitrina debí ponerla
tu calavera que no se acallara.*

Digo esto y los policías miran que pego la nariz al cristal, aunque no dejo de ser mía y de convertirme: o en mi propia calaca, o en contemplar más rato la cremita de tu todo.

12

Nombre dado. A la salida. *Little Boy*.

Las sombras en este caso serán alimentadas desde oriente. Un álbum con los nombres de los muertos invitados. Un álbum con los nombres de los lugares que visité en 1945. ¿Es un secreto o una trampa? Álbumes diminutos y a veces con una lupa clavada para leer en la vitrina que *también* he sido yo.

Aunque los dientes me han necrosado la mirada, puedo ver al lado mío una escalera de huesos. Si te atreves a vivir sin el dibujo, puedes ayudarle a arar. A elaborar más esta carta.

A pisar e irse.

Lo último es un hongo o una nube. Racimo de pechos que olvidara en casa lo sustituyen con el halo que aquí no lo corona.

Veníamos de la isla cuando esto sucedió. Diré que vencimos. Diré que allá las alas eran a las alas lo que aquí los pies a la frenología.

—A las frenologías bucales.

—Ajá.

In exempla: Mi nombre también es una ínsula

Descanse en paz.

No olvide nadie que la rueca era al grial lo que el arma a lo que lleva. Y lo que cantas, al peinar, muy muy discretamente y por encima de lo que nos corresponde *por amor*.

El peso de las cosas que corren, que se cazan.

El peso de las cosas sobre el cuerpo propio.

Huida de Samotracia, le llamaban a su país. Otras veces, El Carro.

Yo sólo puedo decir que hay una costilla en algún lugar, incluso para ti que hoy lees esto.

¿Es a ti? Entonces iba el nido de mercurio, un ható, su marca a través. El paraguas del pianista, atornillado como un caparazón. O es literalmente un caparazón, de tortuga neonata para verlo yo verme.

C'est un pécheur / un pauvre pécheur / seulement / chez Mamelle.

La partitura de fondo deben ser los sonidos propios de las tazas a mitad del día. Por «tazas» debemos entender los cajones heredados para guardar estas cosas y así anudarme a ti, que me llamo igual que tú.

Como todo el mundo, naturalmente.

15

Lo que vemos: al niño de la calavera, la madre virgen nim-bada de espigas y un cerdo animal negándolo todo. El que habla aquí es un hombre que tapa sus genitales con mone-das de distinta denominación.

En la parte trasera, vigila. Es el monje a quien se ha puesto un bozal de cara entera y que en vida se hizo llamar Mister Madame.

¿Cómo se dice esto en latín?

16

El bulto adivina, dirige los viajes. *Xilitla. Xoxocutla. Xala-pa. Xanadú.* La balanza está puesta. En el primer brazo, un frasco de contenidos inciertos; en el segundo, el barco-ave agorera. Muy al fondo se vislumbra un palacio marrón, des-leído.

Todo es rojo, inacabado.

Angostura. Soyaló. Xaaga. Puerto Es.

Nunca ha adivinado cómo viajar al huevo que sostiene lo de adentro que se mira o al animal que roe la espalda.

¿Y lo demás? No se sabe si es contigo o meramente un deseo de.

17

Con gran unguento, con grandes alas
con grandes trozos de madera
con grandes óvalos de esponja
con grandes cajitas de mecanismos autónomos

hemos reconstruido al águila nacional.

Su vuelo consiste en la total reproducción de una película donde, paso a paso, los fieles se colocarán para observar por el telescopio. La impresión dada es la de un ave que me ve por el microscopio a mí, y con el huevo que ha dejado, liba la escena.

Todo hilado con un trozo de espejo en donde no puedo verme.

Al abrir la cajonera —aunque sabemos que eso sería imposible de lograr— los alambres empiezan la función.

[No debe olvidarse que la ciudad en donde miran debe recordar al modo en que nacen, literalmente, las fosas comunes.]

CUERPOS ARENÁCEOS CUBIERTOS DE ALUMINIO
[DIMENSIONES VARIABLES]



Patria o muerte. El ave a mitad del lienzo denodada por su propio metal. Irán o Turín. (Todo es literal en este caso.) Se sabe de donde provienen fluidos rojos. Una carta con caracteres diluidos y un águila diminuta coronarán el velorio de la zona destronada.

Un animal anodino devorando esferas plateadas; planetas escamosos que en su espalda devoran la noche; mapas fríos; un galeón erizado y con más remos de los habituales. (Aún falta determinar si se incrustó pólvora o algún tipo de infección en las hendiduras.)

El esqueleto de un anfibio escalará la torre seleccionada. Se amarra a una nube importante. El lago se repite aquí, más joven, y con once doncellas devoradas o a devorar.

Una pirámide —o un país— siendo atenzado por múltiples ganchitos.

Aquí no hay nada destacable salvo un patrón de piel de reptil, un manajo de soles teñidos de blanco y una costra semejante al rostro del mandatario oficial; quemado vivo, presumiblemente.

Esta es la verdadera luna: es como si viéramos todo desde adentro. Para este punto mi voz es también la tuya, pero la luna es un platito dorado y no lleva inscrito nada.

Una bolsa de monedas de oro. Una hilera de cerillos. Se sabe que ese mito existe desde 1523.

[A partir de entonces, la historia iría asociada al peregrinaje extraoficial hacia sucesivos departamentos de Cajitas Habladoras.]

Puedes leer esto como una recapitulación de los ritos y rutas sobre el tránsito de algo que habría de derribarse o a lo que se habría finalmente de arribar.

Esto, en cambio, puedes leerlo como una bitácora de las fechas *no* acaecidas en este viaje.

Underwalden. O algo dicho en latín. (Habríamos de descubrir Manchuria, esa noche desde lo alto.)

Del mapamundi sólo quedarán montones óseos tapizando la vista desde el cielo. Será fácil obviar ahí una madre que nos mira, con una boca vertical y muy hirsuta. Debe ser tan parecida a sí misma que podría derivar en no mirarla cuando se la ve.

Finalmente, alguien que pregunta: *¿Y por qué tantas niñas por aquí?*

[Esto último sólo en caso de haber olvidado lo que se departía en la mesa; vid. infra.]

CORTE IMPERIO



Principia con

la trampa, mi vestido negro-mucho,
caracteres *medievales*.

Aquí algo rojo autoimpulsado.

Luego está el bosque y se debe hablar de ello,
la minera,
la monja eclipsada por el bastón y los hombres,

el sello de un barco.
Proyecto Montauk —dice,

y dice un campo maquillado —*La fábrica de tus sueños*
—dice el mapa,

de los Urales a tu hogar (fig. 3 y 4).

Ahí va un cerillo, un viaje a permuta,
la ceniza de una polka, y el clásico rectángulo de luz.

Todo lo que encuentro hallado
a la línea del río

o cómo éste se encoge apoyando a través del mundo
su ristra de noúmenos.

Con arco y maquineta, con foro y orca,
con entrada y líneas griegas.

Muy en el fondo, aborígenes; dos instantáneas:

(al reverso,
firma del interesado).

Hablo de mi boda, por supuesto,
hablo de un barco chiquitito,

año 1236, semihundido todavía.

*Y que quede aquí constancia de mi fidelidad
al rey. —Sepia, preferentemente.*

Acto seguido, la imagen del cadáver,
del Rey, los cadáveres, el barril
de manzanas, la bolsa
de leche, la orina
—nada simbólica—
en la nieve, nada más por convivir,
nada más por decir
que la reliquia de urea es real,

la de todos los reyes
de todos los países

que dejaron de existir
desde Uruk.

Países cabeza-abierta de niños,
países-cura,
países vista al tren,
países *discoball*

cayéndoseme de la bañera.
¡Inenarrable!

Y yo, asomarme, y
papas. Puras papas.

Esto lo tengo que reescribir,
claro.

*Porque no fui yo señor oficial, no fui yo quien metió
su cabeza a la heladera.*

No fui yo, yo no sé

La Shoah Invita

los rifles, invita la inspección,
lo borrado, todo invita, la invasión
a Lituania, incluso, *porque*

*en el fondo siempre se trata de Lituania.
¿No? ¿Recién casados?*

(Y examina los papeles
con la mano que me amputará

próximamente

ESPÉRELO.)

Y aquí, muchas vacas
fuera de contexto.

Un lienzo en blanco, y vacas.
Bienvenidos a Lituania, y muchas vacas.

Claro, lo tengo que reescribir.
No hago más que reescribir.

No hago más que reescribir lo que va enfrente.

No hago más que buscar
sinónimos para decir *mis cositas*.

Que un niño va en carreta, y falsas prostitutas, y hay carretas;
muchas vacas. Un aguamielero, el diluvio universal,
la caída del maíz,
y más vacas. Vacas, vacas como cuando llegué al umbral
de la escalera, y ya asomaban

colmillos, mamá.

(La azuquitar, las grecas y asomar, escaleras de asomar,
bolsa de ajos, ojos a la izquierda y asomar,
a la derecha de asomar.)

*Y se acabó el viaje.
Levanten las manos.*

Pero tranquila, Anita Frank,
ésta no es una declaración de balística,
ésta no es una multitud en el aniversario de Hop Frog.

Hablo de matemática aplicada, solamente,
hablo de algo rojo autoimpulsado,
hablo de mi corazón,
y mi corazón habla de vacas,

sal,

sal ocupada,
está ocupada, dice, de gravamen y pelitos.

(Y hasta aquí
el gabinete del doctor Aníbal.

Adiós caballeros. Adiós.)

En esta segunda parte del poema
principian las fotos.

Es: un príncipe en la playa, con tutú.
Un batallón. Polacos, presumiblemente.

Un baúl de colirios. Elefantes importados,
de marfil.

*Se trata de la niña con monóculo en el país
de las calaveras.
O saque usted sus conclusiones.*

Y usan cementerios, paso a paso. Y usan ojos.
Todo usan. Usan yo. Mírenme,

acá voy yo incluso sin máscara
y acá voy yo dormida barco adentro

y en esta otra es donde fui,
yo solita, una expedición entera de niñas en la nieve
y dejaron, en la nieve, el dibujo de sus pies.

Y en esta otra, José y Freijas me ve
y un marinero me ve
y todos me ven.

Y acá armaron entre todos la voz
y el círculo con fruta
hombro con hombro

y desde arriba se veía como una gran roseta
en un campo de maíz. Era tan hermoso,
mamá, no podría decírtelo.

(Pero juro que enviaré una postal de todo esto,
incluire la cadenita y el brazo entremezclado.)

Ve, ¿qué me queda ahora?
Succionar bigotes, qué más.
De algo tengo que vivir:

de volúmenes, de sumas, succionar.

(Es que no puedo decir *mis cositas*.)

Aunque puedo decir
Aleteia, eso sí.

O que esa vez él no se vino
particularmente adentro ¿entiendes?

Aunque yo creo que sí lo amé.
Me dijo algo
y lo amé.

Y nada bajo el vestido de comunión:
mira, nada bajo él tengo aún, le dije a Wilcom Moore,

mi bisabuelo.

Mientras caras se movían.

Y otra vez fueron los hombres:
piernas acariciadas,
silla acariciada,
amarillo acariciado,

mesa acariciada,
perro acariciado,
bastón acariciado,

y carbón.

Esto es lo que puedo decirte

de 1789 a la fecha, mamá; luego todo fue dejar
la hebilla, el zapatito blanco,
dejar, incluso, *la manera del café*.

El zapatito azul, ay.

Un jardín alto dejar,
un lápiz dejar, en el pupitre

y el *Heirloom Satanás* con sus lunares azules,
u ovals, que llegó.

Y entonces fue
la Boda.

Tilín, tilín.

Los novios, con
sables, cada uno.

Ya sé, es posible que esté repitiéndose la forma
del poema, a estas alturas. *Pero así es el amor, Mesalina,*
el amor. No te apures. (Fig. 3 y 4.)

Pero, decía yo: Hogar y hogar.

—*Es que necesito un hogar*—replicó.
Ay, la polisemia.

Ay, de mis cabezas,
de mis rancios capellanes,
por las barbas Romeo,
¿dónde están?

Así van también mis amores
del dónde al dónde están.

Del corazón puesto, con dulzura
sobre la heladera, para así la escena
mejor ya la observar

a la música de fondo con sus fábricas-
glorietas, tituladas *Anochézcase*
de Isoldas llame ya.

Así van mis cabezas, mamá.
Vienen y van.

Mija, pero si lo único que quiero es verte establecida.

Ipsa facto,
mi mano delatora,
napoléonica, ahí.

¡Fue niña!

Y en semidesnudez,
ella, asomándose con cara
de murciélago volador.

Y muchas cucharitas.

(Ella, la que pasa a mi lado
o se queda y no se ve.)

*Para que ya no vistas santos, mija,
póntela, ponte la de Batman.*

Al reverso,
la casita boloñesa, ya.
El gato negro, ya.

Al óleo el rostro de los hijos
en el gabinete.

Otro perfil. Otra cocina.
Qué dulzura.

*Y el mazo marcado en la manera del café. Debajo:
con cariño desde [ilegible] y más abajo la palabra*

«platinada» o «pátina»

o algo en caracteres de un idioma que
no supe o no me acuerdo.

*Y yo que sólo quiero decirte cosas lindas como
que no le entiendo a tu letra, mamá.*

De eso se trata, en el fondo.

De un bosque duplicado por la lluvia.
De frases que no son listas.
De un sendero que va

hacia algo que fue una recámara

o un clóset donde se apoyó
el bastón y la imagen:

Juana de Arco aparecida en mi vestido
negro-mucho

aquella vez tan de repente
 ...por mero asunto de papelería. No hay
 qué preocuparse.

O la ampolleta que inhalé
 y no estaba contemplada en la maleta
 (originalmente).

Ese sí que podría ser un final.

Aunque
 bien ustedes podrían reprocharme que qué

del rollito que lleva
 en su mano, el Personaje Principal

mientras la otra, ahí la cuelga,
 tan campante en la cintura.

Y que por qué mi gesto en este instante es
 tan parecido al de la foto.

FIGURA 3

Yo esperando
 en la tintorería

el vestido de mi bisabuela, sucio
 que uso al escribir.

Es eso.

Es que en el fondo todo poema es yo de niña mirándola.
 Es que en el fondo todo poema es mi mamá diciéndome

no le entiendo a lo que dices.

FIGURA 4

Yo, de tres, ella embarazada,
 vistiendo el mismo corte imperio,
 de terlenka, que heredé.

Figúrense eso.

Para ya del rollito de piel ese en la mano,
 mejor ni hablar.

BREVE DESCRIPCIÓN
DE LA HISTORIA DEL MUNDO



18

Ésta es la boda. En mi corazón llevo tres, cuatro fotografías de mí misma a distintas edades. En mi corazón de lata dorada, abierta. En mi corazón de lata dorada: raíces de anacahuita en una alcándara flotante. A la derecha está él, con la puerta recortada y abierta, mirando a otro lado. Los pies de la familia muy tenuemente dibujan todo alrededor.

Cuerda que mantiene el escenario en pie. Flores plásticas.

La totalidad del verano, con un agujerito que se acomoda perfectamente a la secuencia de las luces redondas. Un acto y sus iniciales.

Un teléfono. Una perla. Un anzuelo.

Una cesta en el brazo de la niña, que mide exactamente 17 centímetros, y está frente a nosotros, a punto de volar.

Una caja que pueda abrirse ante los hijos, junto al puerto verde móvil. Los colores predominantes: el del esqueleto, el rojo oxidado y el olor a granizo, sobrepuesto al accidente. Hay algo dorado en alguna esquina, pero las rejas me impedirán verlo como es.

(Tal vez sea una futura colección de navajitas de madera.)

La misma escena, vista ahora de perfil y los huevos semiabiertos: *Lo que el azar ha unido, no lo separe el hombre*. También hay algo duro, frío-celeste, luego de una serie de veinte *nosebapas* al lado de una botella típicamente de mar.

Todo esto, que también significa: *Lo que sea un nido, nadie lo racione*.

El alfabeto que heredé de mi raza y que no entiendo. El monigote de oro desciende. Su corazón lo guarda (un sello, una piedra, *pintas*). Una moneda con el rostro clavado y dos estrellas. No hay manera de hilar esto sino por el marco, de ganas muy rojas. Retazos de madera que simbolizan los brazos de Dios, dejado a merced del mundo.

El Golem, San Judas y el Colgado aquí son uno mismo.

Éste, por ejemplo, me recuerda al verano. Se sienten cuchillos al verlo: no refleja ninguna cosa, pero prefiero verla y decir su fragor o la palabra *fragor*.

San Antonio de los Milagros Inútiles, dice por ahí. Y mucho color amarillo, protagónico, tocándome las esquinas que me mandan a sentir las.

En cada caja están sus órganos. Hay piedras a las que les basta su raíz. Hay los fotogramas extraídos, hay la serenidad. La palabra invertida, de su serenidad. Hay una cinta para medir el panorama. Es amarilla, como el lugar donde imaginé, y logramos hallar, pequeñas agujas óseas. La bala al fondo. A la orilla, su mirada ardiéndome, el cráneo superpuesto al cariz.

El melancólico esposo desde las alturas. Ásperas bolitas a la izquierda. Y todas las cosas que aquí no digo porque ya son.

Brillos nacarados del mismo color de lo que crece, y crees ver: escalas puntiagudas en el perímetro nacido de la lengua. Un cuerno extraviado corona y mira, mucho más allá, las rendijas bajo los cielos. La palabra *Brandemburgo* brilla, encaramada en una lámina fotogénica, otra vez desde el bosque. O es algo más doméstico, incluso pornográfico.

Finalmente, las manos huesudas y olvidadas de papá, a las que nunca les gustó la sombra.

[El reflector redondo del dentista sugerirá nuevas sospechas de ello.]

Por parte de la esposa: ojos cerrados, férula celeste, con ala y mandíbula en acero azul. Sus órganos son una mezcla de azufre molido y concha nácar: metal cronométrico y fondo desmembrado. Hay calaveras de animales y fotografías de mí misma haciendo estas anotaciones a la sombra. Aquí el caos es simétrico: dos bustos de ella a cuatro puntos morales: *Como se muere arriba se muere abajo*, tal como enuncia el maestro en Hermética Aplicada.

Pero un ala solamente. Y en la punta, el clásico espejito. Porque esto no representa nada, porque esto básicamente *es así*.

Por último: un funeral a cuatro manos y una doncella que dirigirá una orgía solemne, con muchos invitados dándonos la espalda, para así vernos mejor.

Sus pechos, a través. La pequeña máquina inservible al centro. Una corona hecha de anís. El vestido que ella no usó, convertido en esta pieza. El carrete que no usó para confeccionar su vestido de novia en capas sucesivas y que soñó de betún, de cristal, de estampado de cebra y con la palabra *Zero* en la nuca.

Las cosas que digo son ciertas, pero no son verdad. No claves tu aguja. No sabes la canción.

No me dejes ir, pero permítame que parta.

Felices para siempre.

El rodillo que destrenza una carta contra la crin. Los mapas sujetos con la soga y lacrado celeste. Al fondo, cada vez, la insistente campánula, la melodía de los huesos en primer plano. La pareja cada vez más explícita en sus órganos. Tratemos de que sea temprano. Tratemos de que la figura A se conecte con la A.

Campanula medium / Carduus nutans. / Entre la piraña y el cardo —masculló. La máquina no identificada fabrica aún planos, presumiblemente, del lugar donde se erigió el primer faro con láseres.

La resurrección de los emigrantes se simboliza así. La puerta que los divide: el mar. Dorado verdizo. Peces y sol.

Atrás, aún más celeste.

Esta es la historia de una península que mi madre imaginó en el año a donde se iría por unos siglos a vivir, gracias a este amabilísimo artefacto.

La canoa donde te conocí y debimos de remar, como si nos obligaran un día a ser la cena de un grupo de niños emigrantes.

¿De dónde vienen estos recuerdos?

Hay una fecha. Los vagones, flotantes, muy detrás. Un souvenir que reza *Camino a Jerusalén*, bajo el techo dejado en cada una de las fotos. Al centro, un reloj. No se distingue ningún otro número.

PASEN. SÓLO NIÑOS. PASE USTED.

El trinche solar.

Aquí la luz es lo que teje la máquina a la abuela, la abuela al tren, el tren a la niña, la niña al cerillo que sostiene a la flor con la moneda; al fondo: la parte del barítono en tipografía casual.

Ninguno cayó por la borda, aquella vez. Teníamos ocho años, justo como yo —la nieta que ahora habla— imagino que tendrás. Él, explorando el dibujo. Marcos detallados. Marialuisas sin color. Los hilos que imagino incendiándose, levemente, en un verano muy antiguo que me dio a nacer.

No hay manera de verlo sin meter la cabeza a esta caja como a una tina con agua y sal. Burbujas que dan aura a la madre de los mexicanos. Virgen de los Lagos, con un motorcito encima de, pero en su pecho. La mano que casi lo salva pero la ve tornar calavera. Serie de carnes, de vistas, de estrellas que delinean su cuerpo. Stabat Mater Dolorosísima, su cosa azul. Cubiertas, abiertas como abanicos son también.

Y la corona de hueso, de barquito. Pezones que hablan del broche de la leche, brotan jurados.

Santa madre llena de agujas, líbranos de todo.

Ya andan ahí de alquemados, con sus dedos de talismán preciso y la flecha improvisada. Que mide exactamente: no se sabe. Fosos en el perímetro para alcanzar a ver el sueño. Este es el mecanismo que debemos seguir: lenguas mestizas; una rama que siembra y cambia, cada vez; el mapa de Texas; la cáscara de huevo. (Y los discos de polvo que me recuerden al jardín que perdí, metódicamente, para recordarlo ahora.)

¿Hacia dónde crece un árbol de alas? Si no crece, se incendia, así lo afirma el sueño de raíz, pero lo dice en la lengua que olvidé. Lo dice al ver esos números.

O eso que significa *toda la vida*. El secreto para hacer crecer un arma así, no se dice. Se mide, se sospecha.

El bebé de un año que convirtió su sonaja en cucharita de madera. Y no doblarla con la mente, no pronunciar antes: *Is there a river nearby?* provocó que la mirada del pueblo se irguiera casi accidentalmente, durante diez exactos minutos, eternos, durante los cuales nada sucedió.

Y tal vez nunca fue cuchara. Un pueblo que imaginó ese juguete convertido en una, como si con ella quisieran sentirse aludidos, destacados, nombrados, admonestados, como si necesitaran que un bebé empuñara ese cetro —esa precisa cuchara y no otra— para después dirigir con calma la vista al cementerio del lugar, con el deseo o la nostalgia de algo perdido *para siempre*.

O fue algo recobrado, de súbito, y sin saber con exactitud dónde habríamos de pasarlo a recoger. Porque de lo que sí estaban todos muy seguros es que *eso* les había sido enviado; a ellos y a nadie más.

Padre e hijo, naturalmente.

Para destruir el pensamiento, para construirlo, él vino a verme. Las calles, sus nombres que olvidé. *Sinaí, Kensington*. Los hilos no sujetos. Los hilos sin el barco que ameniza. Debe ser azul, si me está viendo. Debe ser con cereza al tope, concéntrica, allanada. No va a caber. No va a decir. Otra cosa. Para destruir el pensamiento no basta que el cráneo, su porción, sea real, ni que exista el marrón, ni que la ley nos obligue. Para destruir el pensamiento no basta que algo se guardara antes ahí; junto a ciertas biografías de un señor que yo conozco.

Un libro que fuera abierto, como armando una caja. Los transistores anaranjados, presagio de una época que ya no fue. Por simulacros de ojo, fijo desde arriba, el Maestro Muy, disimulado va. Podríamos distraernos con la tortuga bajo el mundo. Podríamos distraernos en su redondez. Un relámpago o un algo. Se puede parecer a la estrella de David.

Esta muerte fue premeditada, por eso las llamas abiertas, por eso los brazos distinguidos. Fuimos abriéndonos las ganas. Fuimos haciéndonos a la idea. El título: «No te parezcas a un mundo con incrustaciones». Algo abierto, y la perla: plata, negra, negada. Cada hueso dentado.

¿O cuántas páginas dura un muerto?

[Hemos omitido aquí los hilos obvios: en la película hay vagamente una silueta.]

¿Papá?

No se enuncian las demás partes. Se sabe que esto ocurrió y debería bastarnos. Merino Wool, Franzoni, Madame Barat.

Su nombre es Nadie, cada vez.

No se enumeran todos los perímetros de este cuerpo: un hilito de oro para separar páginas, una partitura para polka, reglas para medir el gramaje de qué.

¿Y qué íbamos a comparar aquí? La adversión a la máquina, el hombre con la sátira de cobre, su mecanismo inútil o absolutamente estético. Algo que no se ve, desprendido. Trato de imaginarlo: que la sogá que hala al cuerpo *significa*, pero esto se termina aquí.

La fiesta termina, como es lo natural, con una serie de tres huevos cuyas descripciones se dan a continuación:

Una mujer gemela en la plaquita. No hablé antes de la cinta para medir, en este caso formé su cruz. El huevo, dividido a la mitad. La fecha de su nacimiento. (Una herradura para prefijarlo.) En el mapa: las reservas, los ríos. El nombre de esta ciudad, obstruida por un caracol gigante. ¿Un centímetro representa? ¿O qué da cuerda al hueco? ¿El catalejo que va a devorar a su producto, una vez nacido? No es pregunta, la punta de plomo. Y, definitivamente, sabemos que *nunca será un pez*. Los tríos trazados. (Pistas falsas.) Se trata aquí del nacimiento, de lo que une la antigua carretera al año de 1985, fingiendo ser el Rey Ropitas / Conde Helado / Principito Rubicón.

¡Madre mía! Y nada de esto es.

El artillugio donde escondí a mi madre. Error. ¿Quién me ha colonizado? Ampliaciones de varias muestras de piel. Ampliaciones en vasos de cristal. Una carta corregida desde donde distinguí la palabra *Arimatea*. El huevo lleva la inscripción «Agujas Finas». No sabemos si lo que guarda es el dolor, el ritmo o una promesa. Para el renacimiento: una brújula y su escalpelo. (Escarabajo; del griego: «caja o estuche».) Breves muestras de una huella digital, telas: terciopelo azul que con seguridad puede deshacernos de la bala. Hay: una constelación marcada con hilos rojos de punta a punta y de punta a punta.

No hay tiempo.

La espiral que abraza al último de los huevos, deja en el suelo una breve calavera. Un blanco soñado. *Eso, mamá, suena como suena la nieve cuando cae*. La escuché como entonces, con esa curva alrededor de las sílabas o como luz a través de las rendijas en la puerta que daba al jardín. Su mano, blanca, que no me dio. La nieve —que nunca— estuvo ahí. Había telarañas escarchadas. Sabíamos que era veneno. Hicimos triángulos con ellas para dejarlas en el domo de lo mismo, jugando a que eso nos haría ser invisibles hasta el inicio de la primavera; la temporada en que yo —ya no— iba a nacer.

[Coro.]

PIEZAS DESCARTADAS



35

La Monalisa con bigote será nuestra anfitriona, sólo sus ojos ven lo que veremos. Bajo ella, todos los huevos que han de nacer, baterías negras y turbinas para submarino. Las manos arrancadas de algún Santo de Ocasión en sus manos. Una tabla de equivalencias entre la película quemada de Paradjanov y distintos aros de circo. Aparte, la pupa subtrinché. ¿En símbolo de qué? De las decisiones tomadas que implicaron al amor, por ejemplo. A propósito, el ojo de Sartre está ahí, en una caja fija con alfileres de cabeza blanda. El hombre con penacho: *¡Pero por aquí no es, por aquí no es!* ¿Cuántas píldoras serían entonces necesarias para despertar adentro de este viaje? *Argirol, Atropía, Eserina*, son los nombres de nuestras parcas. El invitado principal vive en la cuarta píldora que ocultan. Su nombre es un verbo, una máscara de carne fresca para mí.

Y no es secreto que ella me alimenta, me viste, me trae.

De este lado del sueño está mi cuerpo. ¿Quién lo dijo? No sé. Sé que no eran necesarias tantas agujas para sostener mis ojos. Pero no lo decidí. Estamos en el sueño del bulto, del que encima de todo llevó gafas, aura gruesa, de mascota a la cánicula y un mecanismo indistinto de familiares ausentes.

Pegue usted alas al reverso del retrato.

Mío, para escapar mejor.

Y si se asoma, no verá al huevo que debía; sí la cola del animal óseo al lado, sí la redondez que lo corola.

Esa redondez, retiene.

Y si estipulé *dorado*, faltan aún las muchas medallas que gané por decir que de este lado me miran, por decir los túneles recobrados para el ojo, por decir sus navajas, ciegas, el puente fijo y el alcance del bisturí, siempre reversible a la mirada. *Es que no contábamos con eso, ni con la manita erguida* —piensa ella y se va ya, al carril de la balanza de cobro— *pero fíjate que sí, de este lado está mejor, ya ni veo lo que pensé, sólo fragmentos de sus ojos.*

[Que, por otro lado, nunca tendrán parte en este asunto, peso, ni herencialización.]

Por eso mismo es emocionante asomarse aquí de vez en cuando. Para constatar ese espacio vacío que he soñado en representación del mundo y *es* el mundo, para constatar las distancias rojas, muy vigiladas, muy afiladas, que, centímetro a centímetro, yo anticipé.

Aquí está. Vino. Con su cuerno único apuntando al gran cerebro de la caja. *¿Cómo es que nunca vimos las estrellas teniendo tal facilidad para la natación?* No dices nada, ocultas. Y yo digo que sí, oculto para ver.

—Aquí van las cosas que él no escribió. Aquí va la mitosis. No digas nada—.

Catábasis.

Perlas atornillándose, para no contar las que hemos visto, de cetáceos y de símbolos relativos. De ciudades con banderas imaginadas color diente.

[Aquí, el cerebro se guarda las manos bajo la capa; no vaya a ser que le descubran su invento.]

Ingredientes para destituir lo imaginado: catorce tiras de estambre *Zauberberg* ya ensambladas; que falten algunos dientes; los cuernos del toro, bien amarraditos; dos espejos de dentista, no muy distintos entre sí; cuatro patas del animal conseguido rizadas hasta enfocar el letrero con los cuatro puntos cardinales: ver, fingir, creer, hablar; un ojo no y prótesis de dorado; un miembro incrustado al motor que reciclé, de latas negras; la frase «Le falta un tornillo»; y que yazca ahí, en la suavidad oscura, la palabra «dendritas».

[Indistintamente.]

Procedimiento: *Hay más corazones rojos que cráneos en el mundo. Hay más corazones rotos que a donde llevarme a pasear.* (Repetir.)

Conclusión: El hilo conductor dividido en tres, de este a oeste. (Recobrado.) Pero, al reverso ¿quién sujeta la voz? No sabe. No contesta. Y si sabe, lo encandilan. (Las cuatro láminas, muy transparentes, de acrílico, que en otras zonas se conocen como *ánima*.)

Inventario: *Esa cabeza ya va, va a emerger, va la burbuja.* La tira metálica resultante escrita, su código en la cesura, mírala, ése es ya su nombre: es tierno, es falso, no existe, es mío.

Nombre: llave suave, rococó. Cáscara de orina, como ya lo dije mucho. (Y por eso hay que decirlo otra vez.)

Pico transparente. Desparpajado, inclusive. ¿Pero *ebúrneo* qué es? Una lápida esponjosa de voz, de calaca hablada, de huecos oculares, lupa y recitación: con ruela, con giratoria y medida. Molde. Y el esqueleto de cera con sus *de uno a seis triángulos rojizos*. (Puede que carmesí, el del último bastión.)

Nombre: la palabra *cornucopia*, cuando estaba de moda. Nombre: Lanza que me pesa; biombo abastecido; carcaj y otras minucias.

¿Qué argumento nos soporta? Sólo la coronación.

[No determinan.]

Porque hay que pensar en el mundo. Mundo o vestida de novia. Mundo o pecho erguido. Mundo o cabeza constante. Mundo o estatua de arcilla. Huevo o Mundo. Adjetivo o Mundo. Porque hay que hacer notar al mundo. Simulando: El alimentarse de la madre a sí misma. ¿O qué más nos falta para volar? El recuerdo del verano donde todo se erguía y daba a luz cada oquedad granulada, tal vez.

Nombre: franjas de hierba molida, que no vertí. El signo flagrante, redondo, blanco y sin números. Nombre: con huequitos no advertidos. Con un ave güera ensamblada.

En la copa del mundo, que oí-oí.

Recetas:

polvos que;
 polvos que;
 polvos que.

Parientes muy lejanos de quien esto espía y escribe. No son nombres, sino las deidades químicas que los unieron. *Nitrate de plata. Pilocarpina. Protargol*. En el núcleo que une a estos compuestos, un rombo dibujado levita. Las manos bajo los frasquitos de cristal que en la película se representa, indican un número indeterminado de sillas donde esperarán al visitante. Tal vez sea fiesta de muerte, de amor, de pasar por el tubo de ensaye las palabras o esas invocadas espinas.

O un vestido perfectamente ensayado, o sus brazos sonoros, desleídos, o los hijos donde se comprobó la calidad de esas dichas ampolletas.

Un día de marzo, que podría ser hoy mismo. Otros bosques no lo convocan; la muerte sí nos mira.

En esa canoa, reconstruir el huevo de caracteres japoneses que algo decía sobre los animales fauzados. Alas, sobre todo. Siempre. Alas óseas. Y en la ubre con treta de vitral rubí, el niño reposando su cuerpo de mujer. *Endurance*. ¿Su nombre volvería? Puedo decir que tenía esperanza en el nacimiento, por eso unía el huevo al yeso, y lo unía al metal, al mecanismo, a un modo de prestar atención, de enfiebrarse.

No sé si estoy de acuerdo en que el huevo tiraleche fuera oficio y a la vez tonalidad, pero en la balsa iban tres hombres y una mujer. ¿Se han salvado? Tampoco sé, pero el círculo, su recorte, es perfecto. Por ese hueco cabrá mi muñeca entera, la que tuve alguna vez, aunque no recuerdo cómo la llamaba o si existió. También cabrá una ciudad, la dibujada al reverso.

Al reverso del huevo, en tonos pastel, la casita donde mi hermano y yo vivimos hasta ancianos. Y aunque adentro de la concha ya no hay y en la campiña donde vivimos tampoco hubo un río, recuerdo dibujada en acuarela la montaña y un trecho de metal liviano, forma rómbica, a la altura donde el cerro terminaba su azul para aparecer.

Ahí, muy tenuemente, se distinguen también tus huellas digitales y un trozo más del rombo dolido.

Otras veces llamamos a ese lugar «El arroyo marciano». Y sabíamos que no había nada ahí. El cuerpo de la tortuga, vuelta máquina-campana, compañera, también se fue. Baba amarilla, lanza celeste, virtualmente sumergidas.

Pero eso sí: la estampilla redonda mostrada puntualmente, sus siete colores siempre dispuestos a formarse al ser hallados nuestros huesos por los hombres, que rondaban camuflándose en las frutas muertas, cada cierto tiempo.

42

El tótem de una civilización futura. En su cuerpo se enumeran las proporciones en pleno: pirulí de algo inoxidable y con la voz grabada.

El torso, si bien es de madera, es alado. Lo preconció así para ahorrarme las quemaduras. En el reloj no queda ya ninguna hora. Huesos. Más huesos. Una hélice, espejitos. Sin nombre técnico sabido aún, giran encima de ese rostro en lugar del rostro. También una casita rusa como las que imaginaba cuando niña de visita con la abuela. Levemente sin decir qué levemente.

Tres puntitos amarillos, simétricos, me dan. ¿Quién? Por única respuesta van a girar los espejos y vamos a llegar al país de la fiesta, donde los cuerpos verdaderos esperan, pero no están. El carrete de cobre es la serpiente que me vigila; me dice que no se debe volar nunca.

Y el día sigue ahí, donde los nudos se dejan abiertos y no se dan explicaciones. De la palabra *nudo*. O de lo que va de la palabra *nudo* a la palabra *abiertos*.

Abiertos los cuerpos a la hora.

El puerto barrenado. La división siempre erguida. Nunca se acabe la fiesta de esta arcilla informe y asexual que evoluciona.

43

La rana ya puede empezar. Criogenizada ante la tumba *En-negrecideste Bios*, apadrinan el periplo: las clavículas de San Sebastián, la osamenta serial de un tricéfalo y el hueso arca—esto que puedo tocar— a través de la membrana de acero. No somos nosotros, pero su porte nos avisa que estamos a la mitad.

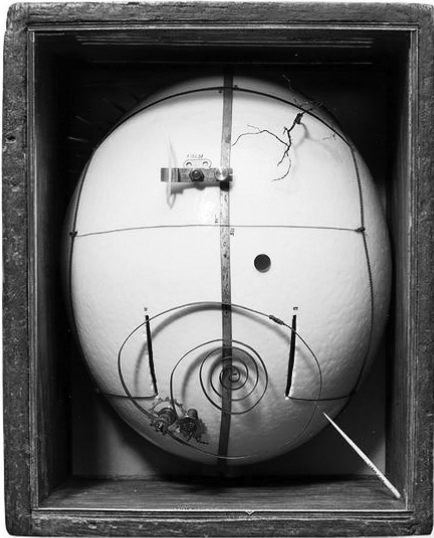
Nuestra profesión, la inmediatez con que las manos. En el fondo, ellas son la única dueña. También el ámbar, desde otra perspectiva.

El anfibio no nos mirará, porque es parte de nuestro entrecejo. Todo esto albergará mucha distinción y palabras bocabajo, que te ofrendo al comenzar.

INFORMACIÓN ADICIONAL
SOBRE COLORACIONES EN EL HIELO

Aquí esperando en los polos. Aquí. Negro-negro el cofre se sostiene en la cabeza de papá. *Espera en Júpiter. Espera.* Un símbolo rojo es lo único rojo.

Abrir.



Él mira. Cuenta cada uno de sus dedos. Y no me ve. El ancla. La red. El salvavidas. La sombra de su pierna cruzada. Tipos de oro, innumerable. El ahí es su propio gemelo. Y no me ven. El mar deslinda cada uno de sus ríos. En otro tono de celeste: la polka detallada. *Walkabout*. A través de sus manos, yo lo oí.

Pero este autorretrato dice no pertenecer.

¿A qué tripulación?

Hoy el almirante no me mira tampoco. ¿Decides tú? No podría decir si nieve o tránsito de nieve.

Beauté, bateau, beatitud.

Mapamundi del beato de Lima, dice ahí. (Es como si no tuviera un secreto, pero sí mucha urgencia de contárselo a alguien.)

Y no parece imprimir su sello para acompañar al veedor.

Un arpón, para registrar donde las tonalidades del blanco se superponen y eliminan. Para definir la irrealidad de ese color, suma de todos los viajes. Un arpón, levemente inclinado hacia donde dos personas conversan, como queriendo ser él mismo lo que hablan. Ese arpón es mío. Ya no es.

Emiquanta reus Mes ó.

El almirante Byrd me ve. Sin cuerpo. Me ve de manos. Me ve con ojos postizos. Aquí no es otro planeta, y me ven.

Dicen la taxonomía.

*Escribano Capa Blanca. Escribano Impermeable.
Escribano Pigmeo.*

(El sello doble no se ve, pero es preciso.)

Las cosas que escribo son ciertas. *Viajó para verme. Vino de lejos. Atrás de Ayacucho está aquí.*

Nadie. Carnibisches.

MANUAL DE MONTAJE



44

Mi madre podría ser la que está ahí; en ese caso mi cuerpo no sería visible, recortado en zoom por la franja del Instituto Agujas Finas antes Asociación del Panal Dispersado. Se improvisan las cinco y cinco. No hay ceremonias de té, sí una raíz que de su corazón sale y se convierte en el caballero cuyo corcel, en lugar de cuatro patas, lleva cuatro hermosas gubias que trasladan al cadáver, no sé si de reingreso a la foto familiar (con padre ausente) o hacia afuera o hacia la parte del rostro que no está a color ni es una niña, pero simétrica con algo sí es.

Todo esto no nos hará olvidar a quien primero he visto aquí: Niño Injertos, Rey Ropitas, Señora Mucho Vaho.

Sí, ante todo mucho vaho debiste desear en mi ataúd; y no ya esos sonetos a la bamba zurcida (vid. supra) que, por otra parte, ni escribí.

NOTA

Este libro está basado en los ensamblajes de Carlos Ballester Franzoni, que tienen referencia a su vez en la tradición de las cajas parlantes de Soyaló, Chiapas: mediadoras de voces, sanadoras y guías de la rebelión.

CATÁLOGO DE IMÁGENES

San Juan Bautista de Pesquería el Grande
Salud y Enfermedad
Ensamblaje
19 x 16 x 11.5 cm
1999

La Encina de Mambre
Herencia
Ensamblaje
19.5 x 16 x 11.5 cm
2000

Ketubbá IV
Retrato de Mere
Ensamblaje
22 x 22 x 14 cm
2010

Buenos Ayres / Nopala
Ensamblaje
21 x 21 x 8 cm
2013

San Gaspar y el Niño de la Cuchara
Ensamblaje
15 x 15 x 7 cm
2003

Ovo Dogón de Tlanepantla
Ensamblaje
18 x 15 x 11 cm
2004

El Camino del Rocío
Ensamblaje
19.5 x 16 x 11.5 cm
2000

Carlos Ballester Franzoni
(Xalapa, Veracruz, 1969)

Artista plástico autodidacta. Tiene una versátil producción como escultor desde 1989, ensamblando objetos, modelando y fundiendo en bronce, además de exhibir un dominio en el manejo de la cerámica y en la construcción de esculturas a partir de objetos encontrados.

En el 2006 comienza la construcción de ensamblajes en vitrinas para *Deconstrucción del Pensamiento*, proyecto en el que sigue trabajando hasta la fecha, en paralelo con *Horizontes Verticales*, derivando ambas colecciones en el proyecto *Viajes Equinocciales*, que se presentó de junio a agosto del 2013 en la sala principal del Centro de las Artes, en Parque Fundidora, exhibiendo un cuerpo de obra de 72 piezas y una instalación de gran formato. En el 2014 participó con 11 ensamblajes en la exposición inaugural de *MuVarte*, en San Miguel de Allende. En el 2016, en este mismo espacio, presentó la exposición individual *Ethos Mitológico*; como parte del ejercicio se llevaron a cabo encuentros y recursos de distintos márgenes generados con el público, lo que derivó en la construcción de objetos.

Ha trabajado en proyectos de gestión cultural y talleres en los estados de Guerrero, Morelos, Chiapas, Veracruz, Nuevo León y Oaxaca.

Ha impartido clases en la Facultad de Artes Visuales de la UANL, en el CEDIM y en el bachillerato del ITESM, además de desempeñarse como maestro de arte de primaria y secundaria en el Instituto Americano de Monterrey. Ha colaborado en diversos libros infantiles, como: *Cuentos por entrega 1 y Cuentos por entrega 2* (1997), *Alfonso Reyes para niños* (1999), *Ocurrencias de Don Quijote* (2004), *Miradas al universo* (2007) y *Guía de árboles y otras plantas nativas* (2009), así como en la publicación del catálogo *Nuestro Arte Carlos Ballester* (2014).

Actualmente radica en Santa María Ahuacatitlán, Morelos.

PREMIO CARMEN ALARDÍN

Establecido en 2004 como Premio de Literatura del Noreste Carmen Alardín, originalmente estuvo dirigido a los géneros de poesía y novela. Al año siguiente la convocatoria cambió su nombre por el de Premio Regional de Poesía Carmen Alardín, y en el 2015, en colaboración con el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se amplió a nivel nacional. Al día de hoy se han publicado trece títulos como resultado de esta convocatoria. Esta obra fue seleccionada por un jurado que estuvo conformado por Armando Humberto González Torres, Carla Alejandra Faesler Bremer y León Plascencia Ñol.

*Catálogo razonado de alambremaderitas
para hembra con monóculo y posible calavera.*

Se terminó de imprimir en mayo de 2017 en los talleres de Amelia Hernández Ugalde. En su composición se empleó la tipografía Celeste. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Eduardo Ribé. El tiraje consta de quinientos ejemplares, impresos en papel cultural de 90 gr.

